



EL SACAMUELAS.

PERIODICO JOCO-SERIO,

DE TODO MENOS POLITICA Y RELIGION.—SALE LOS DOMINGOS.

UN DESCUBRIMIENTO.

Desde que EL SACAMUELAS tiene uso de razón, que de paso sea dicho hace ya muchos años, lo cual prueba que es mas viejo que lo que representa, viene oyendo hablar con insistencia de un señor *otro* á quien se le cita como testo en multitud de materias sin que nadie al hacerlo haya esplicado quién era ese entendido personage.

Harto de hacer averiguaciones sobre el particular sin ningun resultado favorable, llegó á convencerse de que el tal *otro* no habia existido nunca, y que así como los volatines necesitan de balancin para no caerse cuando caminan por la cuerda, aquel no era otra cosa que el balancin de esos charlatanes modernos que hablan de todo sin entender de nada, los cuales acreditan, al usar esa especie de *muletilla*, que están cuando ménos cojos del entendimiento.

Pero lector, así como en donde menos piensa el galgo salta la liebre, así tambien EL SACAMUELAS tropezó, cuando menos lo esperaba, con quien le diese razon del *otro*, como podrás convencerte por el relato siguiente:

Hace veintiun dia hoy que salió, como de costumbre tiene, á buscarse la vida honradamente egerciendo su facultad, la cual no dejaría de ser lucrativa en los tiempos que alcanzamos si muchos tuvieran presente aquel refran de que «no hay mal que por bien no venga» y no temiesen tanto al daño que pudiese ocasionarles el gatillo si operar se dejansen.

Al atravesar una de las calles mas concurridas de la poblacion, cuyo nombre le hace recordar veinte años de aprendizaje, notó que con precipitacion entraban algunas gentes en uno de los edificios situados en el centro de aquella, en el cual, segun crónicas curiosas refieren, existió antiguamente un de-

pósito de frenos, capaz el que menos por su construccion de haber ahogado hasta los relinches de Pegaso.

¿Qué ocurrirá ahí? se preguntó á sí mismo el SACAMUELAS sin que por mas que aguzaba su pobre magin pudiera darse una contestacion que satisficiera su impaciente curiosidad.

Hubo un momento, carísimo lector, en el que pensó que un rayo de luz habia venido á iluminar su razon al ver que uno en pos de otro entraron cinco discípulos de un célebre asiático en aquella mansion, á la que, salvo ese dia, bien pudiera llamársele páramo de algun tiempo á esta parte.

Creyó con esto, como no habria podido menos de creer cualquiera que no hubiese estado en los autos, que lo que en dicha mansion existia era un enfermo de gravedad próximo tal vez á exhalar su último aliento, idea que vino á robustecer la entrada en aquella de un padre de almas, el que si parecer llevaba consigo algunos Sacramentos.

Ya se preparaba EL SACAMUELAS á encomendar á Dios la de aquel prógimo á quien creia agonizante, cuando se le acercó su antiguo aprendiz *Angustia* que á la sazón salia del referido lugar, y despues de saludarle le pidió fuego de su cigarro, el que no obstante estarlo fumando un SACAMUELAS era veguero, pero de los de la huerta de abajo; coincidencia que aprovechó el maestro para inquirir la causa de todo lo que estaba presenciando.

Dime *Angustia* le preguntó EL SACAMUELAS ¿quién se muere en esa casa?

Que yo sepa nadie, contestó aquel, porque si bien es cierto que el cabeza de ella estaba bastante achacoso, me figuro que aun así y todo le ha de costar trabajo á la Parca Atropos cortarle el hilo de la vida, porque para mí, como vulgarmente se dice, tiene siete como los gatos. Pues entonces, objetó EL SACAMUELAS ¿qué motiva esa reunion á la que veo asistir presurosos varios empíricos seguidos de ese otro cuya noble y santa mision en la tierra todos conocemos?

Tóma, replicó *Angustia*, es muy sencillo; la sociedad minera en comandita titulada *Ja-*

no que celebra hoy junta general para nombrar la directiva y tratar de otros particulares, y todas esas personas á quienes V. ha visto entrar y salir somos las partes constitutivas de ella.

Me alegro, hombre, que así sea, dijo EL SACAMUELAS significando en su semblante cierta espresion indefinible; me alegro, sí, porque al fin y al cabo la pérdida de un *hermano*, aun cuando sea un Cain, siempre es sensible; y yo no quiero, como Dios no quiere, la muerte del pecador, si no que se arrepienta y viva. Vamos á otra cosa.

Si mal no he oido, tú tambien *Angustia* eres sócio de esa encomandataria.

Si señor, contestó *Angustia*, aunque bien á pesar mio; y al decir esto miró hácia todos lados como temiendo que le escuchase otro que no fuese su antiguo maestro.

¿Y hace mucho, le preguntó este, que se constituyó esa sociedad?

Salimos ahora con esas, maestro, dijo *Angustia*.

¿No recuerda V. aquella sociedad llamada *La Consecuente* que tanto ruido hizo en tiempos y cuyas acciones se cotizaron á un precio fabuloso? Pues esa es ni mas ni menos *La Jano*, solo que tomó este nombre al publicarse la ley vigente del ramo.

¡Há! ¡há! exclamó EL SACAMUELAS, pues entonces *Angustia* los interesados en ella deberis estar lo que se llama con el riñon bien cubierto.

Si ¡hé! replicó *Angustia*, pues si para sacar muelas tiene V. tanta habilidad no hay duda de que los pacientes pasarán su buen rato cuando les opere. ¿Por dónde calcula V. que la dichosa sociedad nos ha de haber proporcionado esa ventaja que supone?

Es muy sencillo, contestó EL SACAMUELAS: Para que una sociedad minera llegue á acreditarse de la manera que lo estuvo esa, es necesario que sus pertenencias se hallen en estado de explotacion y que el beneficio que por esta redunde á favor de aquella sea cuantioso.

Tendría V. razon maestro, dijo *Angustia*, si ocurriese eso, pero como acontece todo lo contrario, de aquí el que la mayoría de sus sócios, en vez de estar ricos, se hallan próc-

simos á quedarse por puertas, si es que ya no lo están, como por desgracia á mí me sucede.

Cómo es eso? replicó EL SACAMUELAS, ¿acaso no explotan esas minas?

¡Explotar! eso quisiéramos. Lo que hacemos es pagar repartos y mas repartos con una resignacion que no tiene ejemplo.

Pues entonces no lo entiendo, dijo EL SACAMUELAS; que yo tambien he sido minero y cuando he tocado con la imposibilidad de ver satisfechas mis aspiraciones he dicho, basta de sacrificios y he respaldado los recibos, haciéndome la cuenta de que mas vale tarde que nunca. Yo tambien, manifestó *Angustia*, á no ser por el qué dirán hubiera obrado así, hace tiempo, imitando con ello la conducta de la mayoría de mis antiguos consócios que hicieron lo que V., por cuya razon ha quedado la sociedad *Jano* reducida á los cuarenta y cinco sócios que V. ha visto, de los cuales la mayor parte vamos interesados en un céntimo de accion. Si V. me guardase el secreto yo le haría una confianza y acaso con ella concluirá este diálogo que se vá haciendo un tanto pesado.

Habla y nada temas, dijo el maestro, que ya sabes que en esta clase de asuntos mi pecho es un confesonario aun cuando mi lengua sea la de un SACAMUELAS.

Pues escúcheme atentamente, continuó *Angustia*. Como sabe V., maestro, esta sociedad poseia multitud de pertenencias en los terrenos mas acreditados; pero por explotacion codiciosa unas, y por abandono otras, todas se han ido perdiendo, quedándole solo en la actualidad la mina *Con tu pan te lo comas*, situada en la sierra de los *Italiones*, barranco de *Sal si puedes*. Esto lo saben solo aquellos que han tenido precision de tomar informes á fin de no comprometer sus intereses con especulaciones aventuradas, y nosotros que ya la hubiéramos abandonado si no fuera por el presidente que espera, segun dice, hacer un bonito negocio con ella cediéndosela á cierta compañía Irlandesa, lo cual para mí ha de ofrecer sus inconvenientes á causa de que algunos ingenieros dependientes de dicha compañía han visitado aquella é inflamado á sus principales. Y mientras

eso sucede, dijo EL SACAMUELAS, qué pensais hacer vosotros para evitar los gastos que son consiguientes siguiendo la elaboracion?

De eso se ha tratado en la reunion, y se ha convenido darla á partido á la sociedad *Majuelo* que explota la mina *Queso de Flandes*, y cuyo presidente es el *Otro*...

Al oir pronunciar EL SACAMUELAS esta última palabra díjole á *Angustia*: ese otro ¿quién és?

Quién és? replicó *Angustia*: ¿acaso V, lo ignora?

Sí *Angustia*, sí, y por eso te lo pregunto, dijo EL SACAMUELAS.

Pues sepa V., señor maestro, que el *Otro* es aquel *practicante* tan *salado* que quiso hacerse *cirujano romancista*, y que á pesar de no haber ganado mas que un año de los *tres* que para ello se necesitan, y esto con gran trabajo, consiguió, no sé cómo, el título nada menos que de *Doctor en Cirujia y Medicina*; con cuyo título parece que anda por esos mundos de Dios dando el pasaporte para el otro á infinidad de personas.

Te doy las gracias, mi querido *Angustia*, por la aclaracion que acabas de hacerme, dijo EL SACAMUELAS, pues has de saber que tenia vivísimos deseos de encontrar una persona que me diese antecedentes del *Otro*, á quien ya conozco y al que muy en breve verá, si Dios me lo permite, haciendo de las tuyas y dándose la importancia que se dan todos los de esa estofa. Adios, continuó, y que con tu pan te lo comas ya que tan mal se emplean tus reducidos capitales.

Seguidamente EL SACAMUELAS tomó las de villadiego y se dirigió á..... donde apenas llegó, ya tuvo ocasion de ver al *Otro* y al *Uno* mas uniditos que una piña, (1) trabajando de pastelería y haciéndose cada cual unas ilusiones que bien á su pesar verán pronto desvanecidas.

Por hoy basta carisimos lectores; que EL SACAMUELAS tiene mucho frio y no puede seguir funcionando porque el gatillo se le cae de las manos.

(1) De sabios es el variar de opinion.

EL OLVIDO.

Una mañana de Abril
Serena, clara y tranquila,
Cuando apenas aun la aurora
Sus encajes descorria
Por la puerta del oriente,
Anunciando la salida
Del que produce la luz
Y dá mas vida á la vida:
Por un éspeso jardin
De belleza peregrina
Caminaban silenciosos
Halagados por la brisa
Que juguetona y liviana
Con su aliento estremecía
A los lozanos arbustos
Y á las tiernas florecillas,
Un caballero que triste
Acompañaba á una niña
Que mustia su fáz hermosa
Mas hermosa parecía.

Era de nácar su rostro
Y sus formas tan divinas
Que nunca muger ha habido
Que se la iguale en la vida.

Eran rasgados sus ojos
Sonrosadas sus mejillas,
Delgados sus labios finos,
Su conjunto seducía.

Sin hablar palabra alguna
Ni caballero ni niña,
Ambos llegaron á un tiempo
A un cenador, dó lucian
Las mas caprichosas flores
Que de aroma enriquecidas
Daban su rico tesoro
Al espacio en que vivian.
Luego que hubieron llegado
A este lugar de delicias,
Se sentó la triste niña
En un escaño que habia,
Y el jóven al verla así
Tan callada y distraida,
La dijo de esta manera
Con palabras bien sentidas:

—Lelia, ¿por qué en la temprana
Primavera de tu vida
Te muestras tan abatida
Siempre en continuo llorar?

¿Por qué lágrimas de fuego
Tus megillas abrasando
Mas y mas pruebas vas dando
De tu secreto penar?

¿Por qué sufres, dí, preciosa
Gaceta, que das enojos
Con el brillo de tus ojos
Al mismo Sol al salir,
Cuando el hombre condenado
Se siente al ver tu hermosura
A adorarte con locura
Y en fina pasion á hervir?

¿No ves á mas ese cielo
Que al mundo sirve de manto,
Dó Febo luce el encanto
De su ignífero vapor;
Y en la noche solitaria
En él lucir las estrellas,
Mientras testigos son ellas
De mil delicias de amor?

¿No ves crecer á las flores
Junto la fresca corriente
De la cristalina fuente
Que las besa sin cesar,
Y la espuma bulliciosa
De las aguas ir riendo,
Al ir las flores meciendo
Al ir su aroma á aspirar?

¿No ves los rubios colores
Y los vívidos encajes
Que la aurora entre celajes
Viene luego á repartir?
Cuando en su carro brillante
Asoma por la mañana,
Tan bella como galana
Anunciando al día venir?

Pues si tantos son los goces
A que el mundo te convida,
¿Qué hiere, Lelia querida,
Qué te hiere el corazón?
Por qué tu vista separas
Y el pecho con fuerza oprimes,
Mientras gimes, y mas gimes
Sin decirme tu afliccion?

—Ay Señor! vuestras palabras
Van matando el alma mia;
¿Vos quereis que mi agonía
Os la participe.....!!

—Sí:
Quiero saber las cadenas
Que te roban hoy la calma,
Lo que destroza tu alma
Con tan crudo frenesí.

— Pues bien mi historia Señor
 Al punto á decirlos voy
 Mas no estrañeis como estoy
 Pues como estoy no lo sé.
 Yo he amado Señor á un hombre
 Que me engañó malicioso,
 Yo le entregué mi reposo
 Pues que le amaba con fé.

—
 Con la fé que solo ama
 El corazón inocente
 Con esa fé, pura, ardiente
 Que se muere sin morir.
 Con esa fé tan sencilla
 Tan sublime, que delirio
 Es, á la vez que martirio
 Del que la llega á sentir.

—
 Pues bien, con ese fuego.
 Con ese ardor que enagena
 El alma cuando está llena
 Con ese fuego le amé;
 Su presencia era el encanto
 Que mi existencia nutría,
 Y ante el que solo sentia
 Lo que explicar, yo no sé....

—
 Mas, ¡ay Dios! sonó una hora
 En que ingrato y fementido
 Y sin ver que siempre ha sido
 Mi corazón para él..
 Me abandonó convirtiendo
 En noche oscura mi encanto,
 El placer y amor en llanto
 Y en amargura cruel.

—
 Y ni el Cielo y las estrellas
 Ni el aroma de las flores
 Que exhalando sus olores
 En los jardines están,
 Ni el murmullo delicioso
 De las fuentes cristalinas,
 Ni las bellas golondrinas
 Que cruzando el aire ván;

—
 Ni los acordes gorgeos
 Con que en dulce melodía
 Saludan al ver el día
 Las aves, desde el verdor
 De matizados colores
 Que forma el florido prado
 Cuyo ambiente embalsamado
 Está rebosando amor:

—
 Ni las auras juguetonas
 Que en medio de mi delirio

En las noches de martirio
 Vienen mi llanto á enjugar:
 Cuando en fiera calentura
 Siento desgarrarse el pecho
 Entre el amor y despecho
 Entre el sufrir y el amar;

—
 Pueden contener la pena
 Que percibe el alma mia,
 Desde ese terrible día
 En que de mí se alejó.
 Pues aunque olvidarle quiere
 La mente en su justo lloro
 Como que tanto le adoro
 No puedo olvidarle, nó.

—
 Por eso me veis sufriendo,
 Siempre, siempre suspirando,
 Siempre siempre en él pensando,
 Mas pensando con dolor;
 Por eso en la triste vida
 Que soporto sin consuelo,
 Gimiendo suplico al Cielo
 Que me devuelva á mi amor.

—
 Ya sabeis Señor mi pena
 Y cual por la pena estoy;
 No estrañeis el verme hoy
 Sin encantos, sin vigor:
 Pues así como á la rosa
 La deshoja el fuerte viento
 Dejándola en un momento
 Sin belleza, mustia flor;

—
 Así el huracán furioso
 De mi pasión desgraciada
 Puso en mi frente marcada
 La palidéz del pesar:
 Y es el llanto mi alimento,
 Y no tengo mas placer
 Que cuando lo llego á ver
 Para luego mas llorar...!

—
 Dijo; y con pasos veloces
 Huyó con fáz dorida
 Sin dar lugar á que el jóven
 Mitigase, su agonía...!

.....
 No muchos meses despues
 Y al oscurecer de un día,
 Las campanas de una iglesia
 El triste toque tañian
 De difunto, por la muerte
 De la niña referida.

EL TURRON.

El comer es una de las primeras necesidades de la vida.

Esto es muy obvio: si hubiese uno que se propusiese no comer, es claro, se moriría.

Pero de la comida, necesidad, se ha hecho también un objeto de lujo.

Quien más, quien menos, procura comer todo lo mejor posible.

De aquí el que el hombre haya torturado su inventiva para crear los manjares mas esquisitos.

Y no es esto solo: despues de confeccionar los mas nutritivos que forman el cuerpo principal de la comida, ha creado otros para cerrar este acto, con el nombre de postres.

El número de estos es infinito, y entre otros ha inventado el dulce.

Todos los hombres somos golosos, y esta la razon por qué la familia de los dulces es tan abundante.

Entre estos existe uno que por su *bondad, y saludables efectos tiene partidarios muy decidido*.

Es el *turron*.

Y como el turron una vez probado ceba tanto, de aquí el que haya tanto, tanto turronero.

Preguntad á las cuatro quintas partes de los hombres, y vereis que el turron es el esquisito manjar *de que son partidarios*.

Esto naturalmente produce su consumo, y de tal forma, que con el turron se han hecho pingües capitales.

Ante una barra de turron, ciertos hombres dan tantas vueltas, como las moscas vuelan y se pegan sobre una orza de miel purísima.

Hombre hay que cuando devora un rico un cacho de este bocado celestial, se dejaría antes quitar la vida, que abandonar su presa.

Tiene otra particularidad este dulce, y es, que cuanto *mas se come, gusta mas*.

El abuso repetido de una cosa, produce su desprestigio, y la hartura.

No acontece esto con el turron; hay quien toda su vida lo está comiendo, y cada vez

le haya un placer nuevo, y si por casualidad le falta un dia, es cosa de morirse de pena.

Tiene este objeto sin embargo una falta, y es que su precio no permite á todos poseerlo: y no por que sea escesivamente cara sino porque no todos tienen lo suficiente para comprarlo.

De aquí nuestro temor en dias determinados, de que descando muchos comerlo, y no teniendo, resulte algun pronunciamiento.

O lo que es igual, que siendo muchos los aspirantes á él, y concluyéndose el que haya disponible, los que lleguen tarde armen algun alboroto.

Por eso recomendamos á todos los *provecdores* de este *inmortal maná*, que tengan siempre un número de barras suficiente para que nadie quede disgustado.

Por lo regular todo el que sale de una tienda sin comprar el objeto que busca por carecer de él, y lo obtiene en otra, pierde el parroquiano.

Los fabricantes de turron deben tener esto muy presente, para que no les suceda semejante desgracia.

Un parroquiano perdido puede ocasionar la quiebra de un establecimiento, porque está en lo posible que se lleve tras si á muchos haciéndoles ver que el objeto goloso es en otra parte mas facil de adquirir, ó de mejor calidad.

Ya se ve, el comercio tiene una porcion de secretos para atraerse clientela.

Quien dá sus mercancías mas baratas, cual las pesa con mas caida, éste que regatea menos en el ajuste, aquel que dá la medida con mas colmo.

Y todos estos ardidés solo y exclusivamente tienen un fin, cual es el multiplicarse el número de parroquianos.

Dados estos consejos volvamos al *turron*.

Ya hemos dicho que es el dulce que mas se consume, no obstante que para comerle se necesita fuerte dentadura.

Cada hombre tiene su particular tendencia á una cosa determinada.

Los hay partidarios de la caza, de tal forma, que no hay placer que se iguale al de encañonar un soberbio conejo y tirarselo al

cinto; otros cañan en risire, y á la orilla de un río, son felices con la sola esperanza de que *piquen*: quien se vuelve loco buscando en un pedazo de mineral la felicidad de su bolsillo: cual pasa su vida en el juego quedándose sin camisa con la mira de procurarse con él el ir en coche. Así se agita la humanidad llevando cada viviente su manía.

Pero en materia de *turron* la cosa se fija mas: por cada cien hombres, noventa y nueve de ellos y tres cuartas partes del que queda, tienen la tendencia á comer *turron*, pero tendencia frenética que raya en frenesí.

De aquí el que haya tantos que trabajen con constancia por procurar los medios para adquirirlo.

Segun el órden general de las cosas, el hombre trabaja y porfia para adquirirse lo bastante con que cubrir las necesidades de la vida.

Ya se ve, como que Dios en el primer disgusto que tuvo con él, le condenó á comer el pan con el sudor de su frente.

Por eso no debemos estrañar que hambriento por un bocado tan sabroso, el hombre sude y se afane por alcanzarlo, y si alguna vez le falta se entristezca y desconcierte.

Nosotros conocemos á algunos que hace muchos años, muchos, que lo paladean, y que serian capaces de hacerse *moros* antes de permitir soltar el *turron* que devoran.

La imaginacion se inspira al contacto de un sér, ó cosa que nos arrebate.

Por esta razon, los mas *turroneros* se han sentido arrobados al alcanzar un pedazo de esto, que pudimos llamar *segunda Providencia*, y le han cantado himnos inspirados de la mas tierna poesia.

Otros por el contrario, al verse desprovistos de la barra que engullian, porque en esta pícara tierra todo tiene fin, han sufrido recios dolores, que han dado por resultado el melancólico canto de *un de profundis*, y nuestros lectores ya saben que este piropo solo se echa á los que han pasado á mejor vida.

Este es el mundo: lo que á unos favorece, á otros daña: lo que á unos alegra, á otros entristece.

Por eso habreis notado cuán diferente es la espresion del semblante de aquel que compra *turron*, al del que lleno de envidia, y sin blanca, vé como el primero lo consigue, mientras él queda á la luna de Valencia.

Si el cerebro estuviese cubierto con un cristal y los pensamientos fuesen materia visible, nos asustaríamos de conocer los que al último se le agolpan en este momento.

Y á propósito de cristal: dada la mala fé que existe en los hombres, juzgamos que si Dios algun dia, le da un puntapié á este mundo, y le ocurriese criar otro nuevo Adam, lo habría de hacer con estas adicciones: un cristal en el cráneo, y otro en el pecho: resultado el que conociendo cada cual el que sus marrullerías se descubrirían no habria malos pensamientos ni malas obras.

¡Qué bien estaría así el mundo!

GATILLO.

VARIEDADES.

MAGNIFICO INVENTO.—Lo sería la construccion de *paraguas ciudadanos* de goma que sirviesen para cubrir las poblaciones en los dias de lluvias. Un *paraguas* de esta clase sería el remedio mejor que podría adoptarse en esta capital para impedir que se formáran los tremendos lodazales que ahora vemos en sus calles, apenas llueve, facilitando, de tal modo, el tránsito de los que por necesidad tenemos que salir de casa, en todo tiempo, por efecto de nuestras particulares ocupaciones.

EL SACAMUELOS que ama tanto á todos los entes despreciables que tiene la sociedad, como son los hipócritas, los políticos de dos barajas, los pedantes, los estafadores, los tontos, los usureros, á algunos de los que se *espantan* de un epigrama inocente, por mas que ellos ni tengan religion ni conciencia, los brutos á

claustro pleno, los turroneiros, los que *piensan*, los que comen carne humana, etc. etc., etc., etc., no puede menos, teniendo presente que el día 4 del actual mes fué Santa Bárbara, y que siendo tantos los de este nombre no le era posible felicitarlos individualmente en sus días, les consigna aquí á todos ellos la espresion de su afecto, deseándoles

Que tanto en el presente año
Y en los vinientes tambien
No padezcan ningun daño,
Y gocen luego un escaño
En la gloria eterna. *Amen.*

PERCANCE.—Como observarían nuestros lectores, en el número anterior de nuestro periódico se hicieron algunas supresiones por obra y gracia del señor fiscal.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.—CÁVALA.

EPIGRAMAS.

Criticaban á Ventura
Que siendo jóven y hermosa,
Se casase ¡qué diablura!
Con el tonto Juan La Diosa.
Mas ella resueltamente
Decia, ¿que es tonto? mejor
Por eso precisamente
Es porque lo elijo yo.

En casarse Luis pensó
Cosa que á nadie le asombre,
Y ántes de hacerlo mi hombre
Con Roque lo consultó.

Y Roque sin alterarse
Le dijo dando un suspiro,
Mucho mejor que casarse
Es Luis, el pegarse un tiro.

Al baston que lleva Andrés
Jua el estoque sacó,
Y al ver lo corto que es
Con cierta sorna exclamó,
¡Qué escaso lo tiene V.!!!

En una ciudad existia
De imprenta cierto fiscal,
Que nada dejar pasaba
Su lápiz rojo infernal.
Y el Maestro de ceremonias
Su cartilla al publicar
De rezo, decia asustado
¿Me la dejará pasar?

GATILLO.

TELÉGRAMAS.

Interior.

Nueve años hace, el maestro
Fué á la coronada villa,
Y cuando volvió se trajo
Lo que ni él mismo creia. (1)

Esterior.

EL SACAMUELAS asiste
A una reunion en la Côte,
En la que unos hablan, y otros
No dicen oste ni moste. (2)

(1) ¿Si le sucederá ahora lo mismo?

(2) *Hacen bien, porque si hablaran seria cosa de taparse los oidos.*

Editor responsable,

Vicente Riera y Rueda.